

Las horas libres

M. REYES DEL JUNCO PÉREZ

Accésit

No hay nadie en la habitación, pero se siente acompañado. La puerta de atrás cruje un poco. Quizás la haya dejado abierta y la gata haya entrado. Se incorpora para sentarse en la cama, pero los pies quedan cerca del borde y no le llegan al suelo. Se los mira, arrugados y amarillentos, un buen rato, sumergiéndose en una cavilación algo diluida entre el sueño, sobre la gata, la puerta, el crujido, sus pies viejos en el aire. De haberse quedado en niño sería sin duda una tierna estampa. No lo es ahora, con los tendones retorcidos y el peso del tiempo. Los pies viejos han de tocar suelo para adquirir cierta dignidad. Suspira y se coloca el reloj en la muñeca. La puerta se abre. Es la gata, que se pasea con sus aires de diosa por la habitación, inundada de una luz rebajada por la neblina. Siente una ligera decepción.

Vive en una casita coqueta, cubierta por una hiedra que en su día le pareció inofensiva, pero que al correr de los años se reveló como una voraz depredadora de ladrillos. Fue su mujer quien la trajo, cuando se mudaron y aún eran jóvenes, felices y capaces de hacer del pasado algo muy poco interesante como para pararse mucho en él. Elvira se

parecía un poco a esa hiedra: invasora, inofensiva a ratos, cubriéndolo todo, trepadora voraz. Es extraño pensar ahora que le tranquilizara ese lento acaparar de su mujer, cómo se dejaba llevar por ella hacia la luz del sol. Su tocador sigue frente a la cama, el polvo se acumula en las tapas de latón de los afeites, que despiden un brillo de terciopelo. Toca una de las tapas de latón con la punta de los dedos. Tres trazos oscurecen el metal, y el latón refleja estridente la claridad que entra por la ventana. El gato se arrima a su pierna, ronronea y desaparece por el pasillo con el rabo estirado. Quién tuviera ese orgullo ahora, piensa entre triste y divertido. Abrocha el último botón de la camisa. Se mira en el espejo. Parece darse un extraño pésame.

La casita se le quedó grande desde lo de Elvira, por lo que decidió no utilizar algunas estancias. El salón, la salita de los niños, y la habitación de Roberto y Pablito tenían las puertas cerradas. La cocina, la habitación de invitados y el dormitorio que había compartido con su mujer tenían las puertas abiertas. La habitación de invitados ya no lo era. Tampoco lo fue más de cuatro o cinco veces. A los pocos años de casados empezaron a invadir la cama con objetos que no sabían dónde meter ni qué hacer con ellos. Luego esas cosas errantes se fueron acumulando sobre el escritorio, la estantería, la mesita de noche. Una máquina de coser antigua, de la abuela de Elvira, juguetes que los niños nunca habían querido tirar, ni tampoco llevarse, carpetas de cuentas, facturas, dibujos, un juego de té japonés hecho pedazos que nunca se llegó a pegar, regalo de bodas de una tía abuela, y mil y un cachivaches inservibles pero queridos habían permanecido ahí cogiendo polvo muchísimos años, hasta que Elvira cesó su guardia y él lo tiró absolutamente todo.

Lo hizo con indiferencia, quizás algo sorprendido de no haber pensado hacerlo antes. No se lo dijo a sus hijos.

Sus hijos ausentes... Hay días en que se olvida de que los tuvo. Roberto surfea y vive de algo de lo que no sabe nada en algún lugar de la costa de California. Pablito, el pequeño, no ha sido tan creativo y cría tres hijos a demasiados kilómetros de la ciudad como para visitarlo muy a menudo. Ahí están los cuatro juntos, en la mesita de caoba del recibidor, los niños con el pelo pegado al cráneo, y Elvira con los pendientes del primer aniversario. El anciano sopla sobre el vidrio, una nube de polvo se expande. La neblina afuera permanece suspendida en el aire, pero hay que salir. Hay que salir a respirar un poco, o se lo llevarán los demonios de su vieja casa.

Puede ver las volutas de niebla flotando como pájaros. Las sopla, como si fueran pompas de jabón y él un niño de cinco años. Se le hace raro aún, después de tanto tiempo de lo de Elvira, tener tantas horas libres, o vacías, o propias. Ahora puede levantarse a ver el amanecer sin estar cansado, o hacer crucigramas en un café, o leer algún libro difícil o los cuentos de Hemingway o los de Carver.

Ha llegado a las puertas de la Universidad. El anciano respira la nostalgia que desprende para él cada piedra del edificio. El olor a libro viejo. Los cafés de la mañana. Los alumnos tan nuevos, con los ojos tan abiertos y tan blancos. La ignorancia reculando. El fascinante microcosmos de los jóvenes soñadores. Exámenes que corregir. Las horas vivas y la sensación acogedora de pertenecer.

Sin oír los saludos de algunos que van a toda prisa por los pasillos, sube las escaleras a paso lento y se dirige a su antigua sección. Llega a la puerta del despacho donde un día el profesor Roberto Durazno

ejerció su cátedra de Filosofía. Abre. Se sienta tras el poderoso escritorio, lleno de fajos de folios y libros. Siente el cuero cuarteado bajo las manos, con los ojos cerrados. Piensa con regocijo que en veinte minutos tendrá que dar clase a los de tercero en el aula siete.

El ensueño dura poco. Alguien ha entrado. Se agarra con rabia a los brazos de la silla.

—Don Roberto, ¿otra vez aquí?

La voz tiene un tinte de reproche, de lástima, de hartazgo.